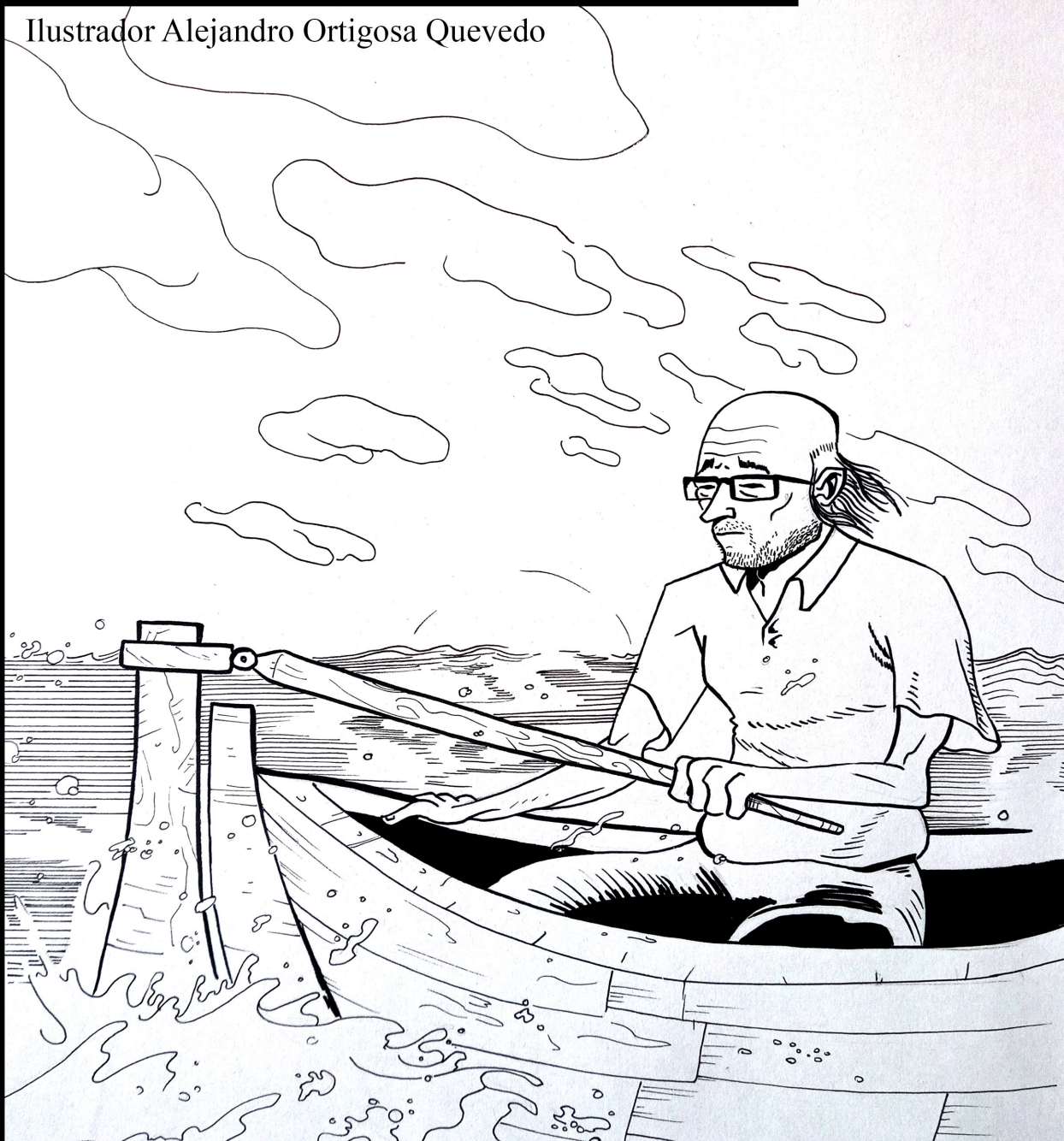


Autor: Abilio Ayuso

UN POBRE HOMBRE

Ilustrador Alejandro Ortigosa Quevedo



Si eres una persona joven, fuerte, atlética, seguro de tí mismo, de los que van pisando fuerte, no aproveches para abusar de la pobre gente, porque a veces la vida proporciona malas sorpresas. Este thriller macabro nos relata una de esas ocasiones.

+16

Fermín era lo que podríamos catalogar como un pobre hombre, cuarentón, menudo, delgaducho, desgarbado, calvo, con unas gruesas gafas de pasta y un pésimo gusto para vestir, tampoco tenía una personalidad arrolladora, sino todo lo contrario, tímido, retraído, de mirada huidiza y algo tartamudo cuando se ponía nervioso.

Todo eso hacía que ninguna mujer quisiera saber nada de él, como no fuera a tanto la hora, un tipo de relación que le deprimía bastante.

Tampoco tenía amigos, excepto Abdul, al que le unía una extraña camaradería. Todo comenzó hace años, cuando el callejón del barrio antiguo donde vivía era una zona poco recomendable.

Era normal oír gritos y jaleo frente a su casa, pero aquella vez sonaban más desesperados, como si estuvieran matando a alguien.

Sin reflexionar demasiado tomó la escopeta cargada, que por consejo de su difunto padre siempre estaba colgada sobre la chimenea, encendió el foco exterior y se asomó al balcón.

Un hombre vestido con una especie de túnica blanca estaba siendo golpeado por otros dos mientras un tercero le asestaba cuchilladas, la luz cruda del foco hacía resaltar las manchas de sangre sobre el blanco tejido.

Con un acto reflejo disparó uno de los cañones hacia la masa de atacantes, las postas de cazar jabalís impactaron contra la pared, pero el quejido siguiente denotó que con el rebote alguien había salido herido.

El foco deslumbraba la vista de aquellos matones que no sabían si tras aquella sombra se amparaba un grupo entero de fusileros, después de un segundo de vacilación apretaron a correr como alma que lleva el diablo.

Fermín recargó rápidamente el cartucho usado, apagó el foco y salió al callejón sin dejar la escopeta, con la otra mano agarró sin miramientos al hombrecillo sangrante por el cuello de su blanca chilaba y lo arrastró los cinco metros que le separaban del portalón, para seguidamente cerrarlo y atrancarlo.

En aquel barrio de mala muerte nadie asomó a la ventana al oír el disparo ni avisó a la policía, la pertinaz lluvia de la madrugada borró el rastro de sangre.

Tomadas ya las precauciones pertinentes encendió la luz interior y pasó a ocuparse de la víctima, le hizo gracia pensar que era la vívida imagen del moro traidor que pintaban los tebeos, cejijunto, nariz ganchuda y negra perilla en punta, alguien a quien nunca comprarías un reloj supuestamente de oro.

La imagen se reforzó cuando Fermín le dijo: “Tenemos que avisar a una ambulancia y llamar a la policía, a ver si con suerte pillan a los que te han hecho esto”.

“No por favor, no es la opción más adecuada, me llamo Abdul y soy un mafioso, un tipo nada recomendable, pero nunca olvido a quien me hace un favor, y más si se arriesga con ello, yo te juro por la memoria de mis antepasados, que eran príncipes, que te devolveré cien veces aumentado lo que hagas por mí”.

“Está bien, pero yo no soy médico, ya me dirás que hago”.

“¿Tienes alcohol, agujas, hilo de pescar fino, gasas y vendas?”.

“Si, soy pescador y tengo un buen botiquín”.

“Vale, por suerte no han pillado ningún órgano vital”.

Se notaba que no era la primera vez que lidiaba con algo parecido, al cabo de un rato tenía las heridas limpias y cosidas, bebió un tazón de caldo y durmió durante bastantes horas.

Al día siguiente apareció con el pijama prestado y mejor semblante mientras Fermín se preparaba huevos fritos, pan con tomate, jamón y un porrón de vino: “Hombre Abdul, llegas a tiempo, pero tú el jamón y el vino ni probarlos, ¿Verdad?”.

“En público no, pero aquí, entre tú y yo le pueden dar por culo a la religión, ¿Tú crees que alguien capaz de rajar las tripas a un competidor se preocupará por esos preceptos?, ponme más de lo mismo que hablaremos de negocios”.

Cuando ya estaban por el café Abdul sacó la conversación sin andar con rodeos: “Venga, hazme un resumen de tu vida y milagros, que veré en que se puede mejorar”.

“Pues vivo en esta casona que heredé de mi padre junto con el todo terreno que has visto abajo, una barquichuela y un amarre, cuando el tiempo es bueno salgo a pescar, lo que puedo lo vendo y lo que no lo congelo, así por lo menos tengo comida para varios días, no tengo mujer porque ninguna me quiere y como no soy precisamente la alegría de la fiesta, tampoco amigos, la familia lejana... Ni saben si existo”.

“¿Y no trabajas de algo más?”.

“Ya quisiera yo, pero para trabajos físicos soy enclenque y para otras cosas, entre la tartamudez y mi presencia... Ya me he cansado de que me rechacen.

“¿Y qué opinión tienes de la gente en general?”.

“Pura mierda, tanto tienes, tanto vales, sino eres guay estás jodido”.

“Muy bien, ¿Y de las chicas guapas en particular?”.

“Esas son las peores de todas, si fuera rico, guapísimo y con carisma buscaría una feíta como compañera, porque las guapas están acostumbradas a que todo el mundo las admire y adule, por eso es muy difícil que desarrollen cualidades humanas”.

“Ósea que no te llevas bien con ellas ni las aprecias demasiado”.

“¿Llevarme bien?, que risa, estoy seguro de que si pudieran me aplastarían como a una cucaracha, su desprecio hacia mí es tan fuerte que podría destilarse como repelente”.

“¿Y si te propongo un trabajo que te permita retirarte en unos cuantos años y de paso te vengas de unas cuantas de esas diosas?”.

“Si, cojonudo, pero si he de matar o herir a alguien prefiero no meterme”.

“Ni matar ni herir”.

“¿Dónde hay que firmar?”.

“Tienes lo básico, este caserón, un coche grande, un barquito, y eres pescador aficionado, yo te proporcionaré el resto y el entrenamiento”.

Así obtuvo por primera vez en su vida un trabajo que requería discreción, pero si alguna cualidad tenía era la de pasar desapercibido, que nadie le prestara atención, casi como si fuera invisible.

Eso le ayudaba en su trabajo, un trabajo que él detestaba, no por ser absolutamente ilegal, a estas alturas eso no le importaba, sino porque le dejaba mal cuerpo, entonces ¿Por qué se dedicaba a ello?, la primera razón era que se había dado cuenta de que tenía las dotes y los medios, la segunda porque sus intentos por conseguir algo más digno habían fracasado, aunque pudiera demostrar su valía para un puesto, siempre escogían a alguien con más empaque para cubrirlo, y la herencia de sus difuntos padres no podría durar eternamente, la tercera era la cantidad de sinsabores, desprecios y humillaciones recibidos por parte de la humanidad que le habían hecho llegar a odiar al noventa y nueve por ciento de la misma.

Una de sus buenas características era ser metódico y organizado. Para cubrir la ilegalidad de sus ingresos se había declarado como contable autónomo, facturaba mensualmente a cuatro empresas con las que había contactado a través de su gestor, y para las cuales en realidad no efectuaba el más mínimo trabajo, ni siquiera le conocían en persona, ellos le hacían la correspondiente transferencia y al cabo de tres días entregaba en la gestoría cuatro sobres con el importe bruto de la factura en efectivo para cubrir el pago y la retención fiscal que esos empresarios pagarían a Hacienda.

Con ello, las empresas declaraban gastos, con la finalidad de abonar menos impuesto sobre beneficios y generaban dinero negro para que los dueños usaran como quisieran.

El gestor pasaba una factura trimestral a Fermín, de paso recibía un sobrecito por sus servicios especiales y nuestro hombre tenía unos ingresos “honestos” declarados, con los que generaba un ahorro absolutamente legal, así que todos contentos.

Fermín nunca había explicado a su gestor a que se dedicaba en realidad, pero le había insinuado que trapicheaba con marihuana y algún producto de contrabando.

Hoy tenía un mal día. En el bar había intentado participar en una tertulia y le habían mandado a la mierda, luego una prostituta preciosa, después de repasarle de arriba abajo de forma altanera, le había soltado a bocajarro que para alguien como él la tarifa sería el doble, lo cual, aunque pudiera pagarla sobradamente, le había desalentado por completo.

Tenía un trabajo pendiente, pero ni las mínimas ganas de hacerlo, esperaría otro momento en que estuviera más animado.

Sumido en estas cavilaciones, andaba ya de madrugada por el oscuro callejón que conducía al portalón de su casa.

Cuando estaba llegando, un par de sombras surgieron de allí, habían oído sus pasos, el lento arrastrar de sus pies, ella se subió con rapidez las bragas y el short y él la siguió, maldiciendo por no haber podido rematar la faena.

Eran una pareja bella y atlética, aunque un poco vulgar, ella poseía un tipo de escándalo y un rostro bonito y él era el típico macarruzo musculitos de gimnasio.

Al salir precipitadamente, la chica tropezó de lleno con nuestro pobre hombre que además de ser un palmo más bajo que ella aumentaba la impresión de pequeñez al caminar algo encorvado.

Ella lanzó un agudo grito histérico para luego decir medio riendo: “Joder, si casi me ha mordido una teta”.

“No, señorita, lo siento, le aseguro que no la he visto y me he asustado tanto como usted”.

En este punto intervino el matraco, cabreado por no haber podido consumir el polvo, envalentonado al ver la pequeñez de su oponente y deseoso de mostrarle a su choni lo machote que era.

Agarrando al pobre hombre por las solapas le dijo con voz amenazadora: “Así que el señor mirón encima no tiene bastante con chafardear y se lanza a babear a mi nena”.

“No por favor, nada de mirón, yo es que vivo aquí y volvía a mi casa”.

Su discurso se vio cortado por una sarta de puñetazos y varias patadas cuando ya estaba en el suelo.

La “nena” lo contemplaba impávida como si se tratara de un espectáculo televisivo, sin mostrar la mínima compasión por el hombrecillo, a pesar de saber que la culpa era más bien suya por haber salido precipitadamente de aquel portalón.

Sólo al final dijo: “Venga, déjalo que ya le has dado lo suyo, no sea que alguien nos vea y nos metamos en un lío”.

“Nada de lío, aunque viniera una patrulla, dices que te ha intentado violar y yo te he defendido, aún me dan ganas de llamar a la pasma y joderle la vida”.

“Mejor no, estaríamos toda la noche con declaraciones y rollos y no tengo ganas”.

A todo esto, Fermín, mientras lloriqueaba, babeaba y sangraba había sacado de su bolsillo una especie de pastillero mientras aquel desgraciado le decía: “Anda, tómate la pastillita, media mierda, que como vaya yo te la meto por el culo”.

“Déjalo Luis Miguel, que igual padece del corazón, se nos queda aquí y lo de la violación ya no liga”.

“¿Y qué?, nos largamos y listo”.

“Tío, no es tan fácil, ahora con los rollos del ADN ese... Sólo que lo hayas tocado ya te pringan”.

“Pues lo tiramos al mar, o lo que sea”.

Mientras se producía esta conversación Fermín había sacado rápidamente una especie de flauta del forro de su chaqueta y con una precisión fruto de la práctica hizo que un pequeño dardo volara hacia la cara del musculitos que gritó enfurecido: “¿¡Pero serás hijo de puta?, te voy a reventar!”.

Otro dardo voló hacia su cuello, su vista se nubló y sus piernas comenzaron a flaquear, el tercer dardo lo dejó completamente anestesiado.

La muchacha, que había seguido la operación como hipnotizada, al ver caer al gigantón al suelo enarboló su bolso diciendo: “¿¡Que le has hecho a mi chico so cabrón?, te voy a matar!”.

Un par de dardos bastaron para neutralizarla.

Fermín se levantó penosamente, tenía tarea por delante, abrió la puerta de su garaje y arrastró trabajosamente los cuerpos uno por uno, cerró, les aplicó una inyección y para mayor seguridad esposas en manos y pies, hecho lo cual se lavó y curó los golpezones lo mejor que pudo.

Acto seguido tomó los móviles de la pareja, subió a una moto robada con matrícula falsa que guardaba para estas ocasiones y dio algunas vueltas por la ciudad esquivando los puntos donde sabía que había cámaras.

Finalmente llegó a la escollera y los envolvió en papel de aluminio para meterlos en una caja metálica, allí cualquier rastreo perdería su pista, como si una embarcación se los hubiera llevado o se hubieran lanzado al mar.

Al regresar a su casa se duchó y se aseó curándose mejor las heridas, para seguidamente ocuparse de aquel par de impresentables.

Cuando despertaron se encontraron totalmente desnudos, ella atada y despatarrada encima de una espléndida cama y él cabalgando sobre un barril con la vista enfocada hacia su chica.

Al verlos conscientes el hombrecillo dejó a un lado el libro que leía y se levantó del sofá, ahora ya no parecía tímido ni apocado, sino bastante seguro de sí mismo, esbozó una sonrisa cínica y dirigiéndose al muchacho le dijo: “Aquí tenemos al macho alfa, un poco menos altanero y con el culo en pompa”.

“¡Suéltame so cabrón o te juro que te mataré!”.

“Resumámoslo: Anoche tu novia me embiste y tú me apalizas como si la hubiera intentado violar, pues ya que recibí el castigo estoy en mi derecho de cometer el pecado”.

“¡Ni se te ocurra tocarla o te cortaré en pedazos!”.

“¿Tocarla...?, Voy a hacer mucho más que eso, la voy a follar hasta que me canse, ayer una puta me rechazó y voy bastante caliente, además, aunque soy pequeñajo fíjate que polla tan grande tengo, mucho más que la tuya a pesar de todo tu musculito”.

“En cuanto me desate te la arrancaré y te la haré comer”.

“Lástima que no te desatarás, tengo mucha práctica en inmovilizar a la gente, pero no pienses que estarás sólo de mirón, vas a participar en el evento, ella tiene colocado un cojín plano bajo las nalgas con un interruptor de presión, cada movimiento de culo que yo haga encima suyo te reportará un picotazo mediante ese electrodo que tienes metido en el ano, ¿O es que no te habías dado cuenta de que lo llevas?”.

A partir de ahí Fermín se recreó violando a la chica, suavemente al principio y con ferocidad después, a pesar de todo, en un par de ocasiones ella no pudo reprimir el orgasmo.

El macarruzo comenzó profiriendo los peores insultos y amenazas, siguió simplemente gritando para acabar llorando a moco tendido y suplicando: “¡Por Dios!, fóllatela todo lo que quieras, dale por culo si te gusta más, te doy permiso, pero quítame este electrodo que me está volviendo loco”.

La chica volvió furiosa la cara hacia él y contestó: “¿¡Conque me dé por culo he, so cabrón?!, no se lo quites, que se joda”.

Fermín remató diciendo: “Como mi princesa desee, y no te preocupes cariño, no te daré por culo, soy natural como la vida misma y prefiero follarte”.

Cuando se dio por satisfecho, se lavó en un bidet, limpió la entrepierna de la nena con una toallita mojada, se sentó de nuevo en el sofá y les dijo: “¿Veis como son las cosas?, ayer me queríais acusar falsamente de violación y hoy ya podríais hacerlo con motivos, lástima que no tendréis ocasión. Mirar este reportaje que tengo grabado y veréis a qué me dedico”.

Pulsó el mando a distancia y en el televisor apareció uno de esos programas de investigación que había sido emitido hacía pocos meses, en él se relataba la desaparición en la ciudad y sus alrededores de setenta personas en los últimos diez años, la mayoría chicas jóvenes de las que nunca se había vuelto a tener noticias.

“¿Pues veis?, de esas setenta... Sesenta y tres son mías, de las otras siete no sé nada, ese es mi trabajo, a eso me dedico, ayer no tenía ganas de trabajar, estaba deprimido y me hubiera vuelto tranquilamente a mi casa sin tocaros, pero tu amiguito intervino y... Aquí estáis”.

La chica dijo con hilo de voz fruto del terror: “¿Pero qué haces con esa gente, los matas?”.

“Nooo, menudo desperdicio sería, los vendo como esclavos”.

“Pero... Si hoy en día no hay esclavos”.

“Aquí no, pero en Yemen si, y allí es donde iréis a parar, valoran mucho la carne europea joven, ya veis como cambia el destino en un instante por una decisión mal tomada. Tu novio disfrutó durante un par de minutos hostiándome y ahora aquí le tienes, con el culo hecho un asco”.

“Oye, véndelo a él, pero déjame aquí contigo, follaremos, te haré la comida, te limpiaré la casa”.

“Es una propuesta tentadora, pero también me apuñalarías con el cuchillo de la cocina en cuanto pudieras”.

Poco después nuestro hombre realizaba una llamada: “¿Abdul?, soy Fermín, he conseguido otro libro de la colección que tú querías, dos mejor dicho, te lo puedo pasar cuando vaya a pescar, ---- ¿Pasado mañana...?, perfecto ---- Si, uno lo estoy acabando de leer yo, pero para entonces ya habré terminado, el otro no me interesa”.

Fermín le quitó el electrodo del culo de Luis Miguel que aún lloriqueaba, le puso un pañal para adultos y lo alimentó por la boca suministrándole con una jeringa gigante una especie de papilla que calmaría su sed, su hambre y sus ánimos ya que contenía una buena dosis de sedante, aun así lo dejó atado.

A la chica le aplicó una especie de faja con cartucheras y le explicó: “Ahora te voy a desatar, te permitiré que hagas tus necesidades, te duches, te vistas con una bata y después comeremos juntos, pero fíjate en este mando que llevo en la muñeca, con un simple toque ese cinturón te daría una descarga tal que morirías electrocutada, así que nada de tonterías”.

Durante la comida ella insistió: “Mira, ya sé que anoche no me porté bien contigo y no te quise ayudar, pero tuve que seguirle la corriente al desgraciado ese porque me tiene atemorizada, es un bestia, bueno ahora no tanto, me hizo gracia como lloriqueaba cuando notaba los picotazos en el culo, pero que me follaras a mí ya no le importaba al muy cabrón, incluso te pidió que me sodomizaras”.

“La verdad es que tu noviete fue muy decepcionante, mucha dinamita, pero poca mecha”.

“Y que lo digas, con todo lo grandote que es... Tiene la polla mucho más pequeña que tú, y folla fatal, pero cualquiera se atreve a decírselo, fíjate en lo de ayer, como pilló calentón al salir de la disco me quiso follar de mala manera en un portalón”.

“Bastante cutre, la verdad”.

“Pues véndelo a él como esclavo y déjame aquí contigo, no tendrás que ir de putas nunca más, además, cuando estoy suelta follo de maravilla”.

“Me estás tentando mucho, me lo tendré que pensar”.

“No te arrepentirás, te haré muy feliz”.

Al acabar de cenar, subieron a la lujosa habitación de Fermín, antes que nada, él manipuló el aparato de su muñequera y le dijo muy serio a la chica: “Escucha bien que te juegas la vida, si te intentas quitar ese cinturón o trastearlo morirás, si te alejas más de cincuenta metros de esta muñequera... También, y espero no perder el

conocimiento porque también te daría una descarga letal sino introduzco un código especial cada cuarenta minutos”.

“Tranquilo, no haré ninguna tontería”.

Yésica supo demostrar a su anfitrión sus muchas habilidades en la cama, al cabo de un buen rato Fermín le dijo: “La verdad es que me encantará tener una mujer como tú en casa, le das sabor a la vida, pero ahora he de encerrarte otra vez en el sótano, no te preocupes que desconectaré el sistema de los cuarenta minutos, así no hay peligro, aunque me duerma”.

Ella esperó un buen rato para asegurarse que Fermín estaría dormido, luego se acercó al desgraciado de su noviete y le susurró al oído: “Tranquilo tío, me estoy ganando su confianza, en cuanto se descuide le doy un palo que lo jodo y nos largamos, eso sí, después de quemarle los huevos, tiene un aparatito en la muñeca con el que me controla y no me puedo alejar mucho de él, pero si le cortamos la mano y me lo llevo conmigo no hay problema, la policía sabrá como desactivarlo”.

Cuando Fermín despertó activó su ordenador, un programa especial filtró los sonidos que unos micrófonos hipersensibles habían estado grabando en el sótano dejando sólo las conversaciones. Sonrió al escuchar la del susurro y dijo en voz alta: “Vaya, vaya, así que la zorrilla me quiere dar un palo, quemarme los huevos y cortarme la muñeca, que sorpresa te vas a llevar cariño mío”.

Después se dirigió al sótano, encendió la luz y le dijo a la chica: “¿Ha dormido bien mi muñeca, aunque sea en mala compañía?”.

“Bueno... Si, aunque este cacharro de la cintura me ha molestado un poco”.

“Venga pues tumbate en la cama de espaldas que te lo quito”.

“Pero... ¿Me vas a atar?”.

“De momento sí, pero tranquila, solo un ratito”.

Una vez bien esposada, brazos y piernas en cruz, le quitó el cinturón, tomó un bote de vaselina y le aplicó una generosa ración en el ano.

“Oye... ¿Porque me estás poniendo eso?”.

Por toda respuesta Fermín activo la grabadora para que ella pudiera escuchar su propia conversación de la pasada noche mientras sufría una dolorosa penetración anal, mientras el tarugo del novio, aunque medio atontado, reía como un subnormal diciendo: “¿Lo ves?, tenía yo razón, no tengo electrodo y te da por culo”.

Cuando se quedó satisfecho le dijo mientras la anestesiaba: “Si es que no paras de cagarla amor, anímate, que nos vamos de viaje, podrás disfrutar de una larga estancia en tierras exóticas”.

Acto seguido subió los cuerpos de uno en uno en una carretilla preparada a tal efecto, los metió en sacos de un color verdoso azulado disfrazados con red de pesca y rodeados de los típicos flotadores de corcho y los cargó en el destartado todoterreno cubriéndolos con, nansas y aparejos de pesca de todo tipo, seguidamente se puso en marcha sin prisas.

Llegó al pequeño puerto pesquero dos horas después, en un momento en que muy difícilmente encontraría a nadie, aparcó el vehículo en el muelle junto a su barca, un llaut tradicional de madera a motor de apenas cuatro metros de largo, abrió la tapa de la sentina y asegurándose que nadie le veía descargó los dos fardos y la volvió a cerrar. De todas formas, aunque alguien hubiera espiado de lejos sólo hubiera visto un pescador cargando amasijos de redes en su barca.

Se puso en marcha hacia altamar, soltó una pequeña red de arrastre y dejó que su barca se dirigiera lentamente hacia el punto convenido mientras fumaba una cachimba de buen tamaño, era la viva imagen del pescador artesanal.

Cuando divisó el yate, se aseguró con los prismáticos de que no había ninguna otra nave alrededor ni aparato sobrevolando la zona. A una distancia prudencial arrojó aquellos dos fardos al mar sin detenerse, viró y se alejó de aquel par de sacos que flotaban gracias a sus pequeñas boyas.

Mientras regresaba lentamente se aseguró de que el yate se había acercado y recogido los fardos, dio una última calada a su pipa, lanzó los dos móviles todavía envueltos en papel de aluminio a un mar, que en aquel punto superaba los mil metros de profundidad, y susurró: “Buen viaje tortolitos”.

Cerca ya de la costa recogió la red de arrastre y se sorprendió de lo que pesaba, sonrió pensando que la pesca había sido buena en ambos sentidos.

Cuando amarraba en el puertecillo se le acercó a saludar la pareja de la Guardia Civil: “¿Que tal Fermín, como ha ido la pesca?”.

“Mejor de lo que esperaba, y la suerte hay que compartirla, llevarles un par de lubinas gordas a vuestras mujeres, que se pondrán bien contentas”.

“Gracias, pero no podemos...”.

“Como las parientas se enteren de que habéis despreciado estos pescadazos, que aún están dando saltos, se van a cabrear con vosotros, y con razón”.

“Está bien, pero sólo hoy y porque has pescado mucho, para que no tengas que cargar tanto peso”.

“Exacto, para eso estáis, para ayudar a los pobres ciudadanos como yo”.

Se despidieron alegremente, Fermín seleccionó y limpió por encima las capturas mientras las gaviotas le agradecían lo que les iba lanzando, adecentó y recogió la barca y se dirigió de regreso a la gran ciudad mientras anochecía.

Eso sí, antes de acostarse metió en el arcón congelador el producto de su pesca, excepto una preciosa dorada que guardó en la nevera, preparada para cocinarla lentamente a la brasa.

Al día siguiente recibía una llamada de Abdul: “Hola Fermín, me encantaron el par de libros, el más pequeño se nota que te gustó, lo habías leído y releído, si quiero venderlo me costará hacerlo pasar como nuevo”.

“No me llores, como buen librero que eres, seguro que tienes tus trucos”.

“Si, pero los bibliógrafos especialistas cobran, aunque en general estoy contento. Como compensación yo te mando otro paquetito con unos libros de los que te gustan, ¿Estarás mañana sobre las diez?”.

“Por supuesto, no me perdería tu entrega por nada”.

La siguiente mañana un mensajero, que ni se imaginaba lo que llevaba, le traía un paquete con cuatro libros muy bien envueltos y precintados. Luego a solas, Fermín los fue repasando página por página y separando los billetes de quinientos euros que había en su interior.

Curiosamente, la noticia de la desaparición de la pareja no apareció en los medios hasta seis días después, tal vez sus familias ya estaban acostumbradas a sus juergas, y borracheras de varios días de duración y tardaron en alarmarse.

Después de una semana de viaje medio drogados, ya en tierra, a Yésica un cirujano le reparó el himen lo mejor que pudo para hacerla pasar por virgen, luego fueron vendidos a una especie de jefecillo tribal que les enseñó a obedecer de forma nada amable.

Cuando después de pocos años se cansó de tener la chica en el harén la fue alquilando para fiestas privadas, mientras que Luis Miguel, aparte de trabajar como un burro, también era sodomizado cuando venía algún cliente con gustos especiales, él tuvo menos suerte porque en un par de ocasiones fue anestesiado y le desapareció un riñón y medio hígado respectivamente.

Al cabo de quince años la pareja ya no era ni sombra de lo que había sido, ni física ni psicológicamente, de alguna forma se habían conformado con el que pensaban que sería su destino permanente, y eso fue lo que les salvó, porque mediante su docilidad fueron ganando la confianza de sus captores.

Fue al final del Ramadán, al acabar la fiesta que lo daba por concluido la gente dormía agotada, Luis Miguel consiguió matar a dos de los que se suponía que debían vigilarle y disfrazarse con su ropa para poder acercarse a la casa donde sabía que estaba Yésica, matar a dos más y salir ambos huyendo con una moto sin saber hacia dónde.

Tuvieron la gran suerte de toparse con un equipo arqueológico europeo que los ocultó y consiguió repatriarlos mediante sobornos y documentación falsa.

De regreso y tras realizar las denuncias oportunas, nada pudieron hacer contra sus captores yemeníes que aún les acusaban de asesinato y les reclamaban para ser juzgados allí, alegando que ellos habían llegado al país por propia voluntad y habían sido acogidos generosamente por un par de familias.

Después de varios tira y afloja diplomáticos el asunto quedó en tablas.

En cuanto a Fermín... Hacía siete años que había cesado en sus empleos, vendido el caserón, dejado sus cuentas casi a cero y marchado a vivir al barracón de pesca. Días después desapareció por completo, su barca se halló solitaria en altamar y su destartalado todoterreno en el puerto, finalmente se le acabó dando por muerto.

La pareja no pudo aportar datos acerca de la forma de su traslado porque lo habían efectuado completamente drogados, pero a la policía le sirvió su relato para atar cabos e intuir la suerte de tantas muchachas jóvenes que años atrás desaparecieron por la zona, aunque ello no les sirvió para recuperar a ninguna.

Las empresas que habían contratado a Fermín declararon que era un contable eficiente y cumplidor, pero que desgraciadamente ya no poseían nada que él hubiera realizado porque la documentación al cabo de cinco años se destruye, los agentes no insistieron, porque, aunque olieran que había gato encerrado, el delito fiscal había prescrito.

Luis Miguel y Yésica regresaron juntos al lugar donde comenzó su mala aventura, la ciudad había cambiado mucho en quince años, principalmente gracias al turismo.

Aquel callejón de mala muerte ahora estaba adornado con bombillas de pared a pared y en él se hallaban varias tiendecillas de artesanos, una cafetería, un restaurante típico y una tienda de recuerdos, la casona de Fermín, ahora restaurada, era un hotelito encantador, ella sólo le dijo: “Te podías haber metido entonces tu mala leche por el culo”.

“Y tú podías haberme detenido, que cuando te interesaba bien lo hacías”.

“Joder, igual nos lo merecíamos y Dios nos castigó”.

“Estos quince años por una paliza me parecen excesivos”.

“¿Sólo paliza?, estábamos dispuestos a cargarle una violación por la cara o tirarlo al mar, y hasta aquel momento él no había hecho nada”.

“Me dio el pronto, me cabreó que me dejara a medio follar, por eso le reventé la cara”.

“Pues te aseguro que ahora no tengo ni putas ganas de rematar aquel polvo”.

“Después de todo lo padecido... La verdad es que yo tampoco, no sé si se me pasará”.

“¿Tú crees que habrá muerto ahogado como dijeron?”.

“Me parece demasiado listo para eso, aunque una mala tormenta le puede pillar a cualquiera”.

Después de aquello marcharon cada uno por su lado, poco a poco los mensajes entre ellos se fueron espaciando hasta desaparecer y no se volvieron a ver más.

Hacía siete años, Fermín había hecho su último viaje en el barquichuelo hacia el yate de Abdul, pero esta vez el pasajero era él con un montón de dinero, algún objeto valioso y unos pocos recuerdos, al abordarlo lanzó su móvil al mar y contempló con nostalgia como su bonito llaut de madera se perdía en el horizonte. Aquel moro esclavista, mafioso y contrabandista había sido su único amigo y quien le ayudó a rehacer su vida sin pedir nada a cambio.

Al otro lado del mundo, en un país muy pobre y subdesarrollado le consiguió una nueva identidad, una bonita casa y una mujer que lo amó, lo cuidó, le dio dos hijos y una vida tranquila y feliz. A pesar de ser padre pasados los cincuenta años, aún llegó a ver a sus nietos. Allí obtuvo el respeto de sus convecinos, por fin no era un pobre hombre y ya no odiaba a la humanidad.

Muy de tarde en tarde venía Abdul a pasar unos días con él, y disfrutar de la deliciosa comida que preparaba su mujer, una de las noticias de la Patria que le alegró fue que los guardacostas habían rescatado su barquichuela antes de que el mar la destrozara y ahora estaba expuesta en un museo naval.

El recuerdo del pasado era para Fermín una especie de mal sueño, como haber vivido en zona de guerra y conseguir escapar, tampoco tenía excesivos remordimientos por sus acciones anteriores. En su pasada vida la gente lo marginó, despreció y ninguneó y en lugar de entrar en depresión consiguió defenderse con uñas y dientes. Si allí en

su tierra, alguna mujer lo hubiera querido, tal vez su destino hubiera sido muy diferente y también el del centenar de personas secuestradas que se acabó llevando Abdul, el esclavista.

La moraleja de todo esto es que no resulta prudente despreciar o maltratar al primer desgraciadillo que te tropieces en la vida, no sabes si estás ante otro Fermín.

FIN...